

PASO DEL ULLA EN SAN JUAN DA COVA.

Favorecido nuestro país por la naturaleza, no se encuentran en él ni las elevadas montañas del Asia, ni los caudalosos ríos de América, ni los abrasadores desiertos del Africa, ni los terribles volcanes de la Occidente. La montaña más elevada de España no ascende de 11,000 pies sobre el nivel del mar (1), el curso del mayor río que la riega es de 137 leguas, los desiertos han desaparecido bajo el influjo de un clima benéfico, y los volcanes que, según vestigios, pudieron en algún tiempo desolar su fértil suelo, aparecen hoy apagados sin indicios de que vuelvan á inflamarse sus cúspides ignivomas. Esto no obstante, fenómenos se presentan á nuestra vista que, aunque de distinto género que los indicados, no carecen de la imponente magestad con que están revestidas esas obras del Criador, y cuya presencia hubiera hecho detener los pasos de Humboldt al atravesar la cordillera de los Andes y de Saussure al remontarse á la cima del Monte Blanco. Uno de estos fenómenos es, sin disputa, el que motiva este artículo, y cuya vista meridional aparece á su frente. En otro país, fuera el paso del Ulla en San Juan da Cova, objeto de bellísimas teorías acerca de su formación; teorías que, aun cuando no para otra cosa, servirían para enriquecer la ciencia de Carlos Lyell, aclarando un hecho geognóstico; en España permanece ignorado porque no hay viajeros que lo describan, ni geólogos que lo expliquen, porque el territorio que lo abriga es desgraciadamente tan desconocido como vilipendiado, y porque el río á quien debe su origen figura tan solo en el mapa del antiguo reino de Galicia.

Este río, que lleva por nombre el Ulla, tiene su origen en dos manantiales cerca del lugar de Soengas, en el obispado de Lugo, recibe en su curso las aguas de numerosos afluentes y va por fin á perderse en la dilatada ría de Arosa, pagando su tributo al Océano Atlántico. Al S. O. de Santiago atraviesa este río el valle á quien presta su nombre, uno de los mas hermosos de aquel país, y en el que nada falta á la imaginación mas exigente para creerse transportada al mas tierno paisaje de la pintoresca Suiza, ó delante de una de esas variadas forestras que Wande-Valde immortalizó en sus cuadros. Allí vamos á conducir á nuestros lectores y á desarrollar ante sus ojos uno de los panoramas mas sorprendentes de la naturaleza, digno de los idilios de Gesner y de Garcilaso.

Á nuestra izquierda se presenta, como el marco de tan vistoso cuadro, el antiguo *Mons Sacra*, llamado hoy día con poca corrupción *Pico Sagro*; enorme promontorio de cuarzo semi-cristalizado, que

elevándose 1,920 pies sobre el nivel del mar, alza su elevada cúspide sobre las colinas que le rodean como la pirámide de Cheops sobre la arena del desierto. Pero este cono inmenso, cuya base se pierde en un mar de verdura, y cuya cima se dibuja en el azul del firmamento, aparece cortado por la banda del Sur, como si una raza de gigantes hubiera intentado abrirse paso al través de aquella mole para buscar en su seno los tesoros que encerrar podría (2). Las paredes de esta corte, casi verticales, se elevan como unos 300 pies sobre el nivel del río, adornadas en toda su altura de numerosos picachos cual otros tantos fantasmas envueltos entre las brumas del Ulla, y arrollados por el graznido de las aves de rapina que buscan en ellos su recóndita guarida. ¡Sublime espectáculo, que alumbrado por el sol de Escocia hubiera servido para embellecer las páginas del *Enano misterioso ó de la Dama del lago*! Al través de este bajo prodigioso paso el humilde Ulla, y estrechándose allí su alveo, crece su corriente y el murmullo de sus aguas como si deseara traspasar luego aquel estrecho que amenaza oírse y detener su curso. Después, ufano con tal victoria, ensancha su cauce, mitiga su rapidez, cruza el sólido puente que lleva su nombre, y separándose en dos raudales vuelve á juntarse mas adelante, formando una vistosa isla que la naturaleza adornó con todas las galas de una vegetación lozana y variada. Hacia esta parte la vista divaga en una fértil llanura dividida por una cinta de plata, que se confunde entrecruzando con el lejano horizonte; elevanse aquí y allí numerosas casas de campo, rodeadas de frondosos jardines, en los que á la par de la silvestre y olorosa madreleña, alza su encendida corola la aristocrática é inodora reina de las flores. Por un lado cierran este paisaje las ondulantes copas de un bosque de encinas, y atravesando los rayos del sol poniente el tejido de sus hojas, parecen sus haces de luz mariposas de oro que se ciernen sobre un campo de esmeralda. Por el otro, el paso del Ulla en San Juan da Cova limita el horizonte, como si en sus paredes estuviera trazado un *non plus ultra* para el observador que vuelve hacia aquel punto su vista ávida de mas bellezas. ¡Fenómeno sorprendente trazado quizás por la mano de Dios en el curso de muchos siglos!

(1) Dice Justino que el Pico Sagro fue llamado por los romanos *Mons Sacra* á causa del mucho oro que criaba, estando velado arrancar dicha metal, excepto cuando el rayo abría la tierra, lo que sucedía con frecuencia, que entonces era licito coger el oro puesto así de manifiesto como una dádiva á la divinidad. También añade que posteriormente se destruyó dicha prohibición, por lo que los mismos romanos miraron el monte para sacar el oro que encerraba. Sin dar entero crédito á este aserto, á veces que en la actualidad aparece perforada la cima del Pico Sagro, y cerrada esta abertura por entrelazadas malezas que impiden su exploración.

(2) El pico de Maltesen en Ginebra, que es el más elevado de nuestro país, está á 60,300 pies sobre el nivel del Mediterráneo, mientras que el Dablogoren, el más elevado del Ulla, ascende de 28,000 pies.

Si acerca de su origen discurrimos un momento, la imaginación se pierde en conjeturas presentándose como mas culminantes las siguientes: ¿Será este prodigioso corte la obra de una generación abrovida, que se haya abierto paso al través de esa montaña, así como Annibal y Napoleón minaron los Alpes para trazar un camino á sus ejércitos? No hay motivos fundados para creerlo. La generación que eso hubiera ejecutado debía de estar fuera del dominio de la historia, puesto que esta nada cuenta de semejante hecho, y en las épocas que la historia no comprende, los hombres no conocían medios suficientes para practicar esa abertura al través de una roca cuarzosa, abertura que aun hoy día se resistiría al poderoso auxilio de la pólvora. Aun cuando esto pudiera verificarse en el tiempo á que aludimos, no se concibe el objeto de tal empresa, y el único admisible sería el de suministrar un abundante riego al valle que hemos descrito, si su situación hidrográfica no le dispensase de cualquier afluente.

¿Será, pues, este tajo colosal la consecuencia de un cataclismo geológico? El estudio del terreno que le rodea y constituye viene á demostrarnos lo infundado de esta conjetura. No pensemos ni por asomo en esos sacudimientos terribles llamados terremotos, agénos á ciertas latitudes y en cuyos efectos jamás se ve un hecho solo, aislado; un hecho que, como el que nos ocupa, aparezca con el sello de un tranquilo origen. Pudiera ocurrírseles que el Ulla, á semejanza del Ródano, el Adige, el Laven, el Ganguer y otros muchos ríos se hubiese perdido en algun tiempo bajo las crestas poderosas que hoy aparecen abiertas á su curso, y que el puente natural que las aguas habían formado haya caído á su peso formando esa portentosa abertura. Pero no, porque en los ríos citados y en todos aquellos en que se ha notado el accidente descrito, se ha visto que el terreno por ellos atravesado es generalmente calizo, nunca cuarzoso que, como hemos dicho, es el que constituye en su totalidad al Pico Sagro, y aun cuando este hecho quisiera ser una de las excepciones de regla, esta excepción estaría en abierta contradicción con los principios de la ciencia.

Aun cuando bajo estos dos puntos de vista negamos á las aguas del Ulla su influencia en el paso de su nombre, no podemos menos de concedérselo bajo otro, el cual, en nuestra opinión, es el único que satisfice todas las condiciones de ese misterioso problema. Este río debió en algun tiempo despeñarse desde la falda del Pico Sagro, formando una elevada cascada, cuyas aguas corroyendo su lecho abrieron paulatinamente ese portentoso canal hasta nivelarse los dos alveos. Nada mas probable que esta teoría confirmada por la estructura misma de las rocas zaheridas á ambos cortes como otras tantas estalactitas depositadas sobre un abismo; por la profunda ensenada que forma el río al traspasar el citado corte, que indica la acción corrosiva de una calda de agua en aquel punto, y por la ignorancia, en fin, del período de su formación. La marcha de los siglos trazó esa profunda sima, y el hombre no pudo fijar su principio ni su fin como no puede el geólogo marcar los límites de las épocas en que divide el desarrollo de nuestro globo.

El paso del Ulla en San Juan de Cova no es el único ejemplo en España de esta abertura singular formada por la mano del tiempo; el Miño mas abajo de Lugo, el Ebro en Mequinenza, el Tajo en Vilavela, el Duero en la raya de Portugal, el Guadiana en el Salto del Lobo, el Guadalquivir en la angostura de Bornos y otros varios, ofrecen perspectivas análogas en el fondo pero diferentes en la forma. Al visitar el viajero esos lugares, le hará detener su marcha, en unos la belleza oriental de sus paisajes, en otros la magestad imponente de semejantes fenómenos, y después de recorrientos todos, cuando trate de pintarlos en su imaginación con los colores que le presta su fantasía, no podrá menos de esclamar con el poeta italiano:

per trappó esser natura sì bello.

J. RUI FIGUEROA.

LAS TRES FEAS,

cuento marroquí.

Al norte de Granada, en el espacioso y amenísimo valle que forman las ásperas sierras de Alfacar y el volcánico Gebel-Elveira, entre majuelos de viña cercados de zarzamoras, de rosales silvestres, de silvadoras cañas y de espinos coronados de yedra, se asienta sobre dos alcores el lugar de Peligros: sus viños, sus frutales y sus olivos (que por la verdinagros y copudos á macetas de albahaca se asemejan) le dan fama y renombre en los labrados campos de la Vega y en los concurridos mercados de la ciudad.

No como todas las aldeas de la llanura forma Peligros un api-

lado grupo con su plaza real en el centro, su Iglesia y sus casas de ayuntamiento; ni tampoco á semejanza de poblacion serrana se eleva en andaluzo, coronada por un elegante castillo ruinoso: lo cierto esenta y tres vecinos que en el año presente componen este concejo, habitan en cuatro barrios, tan separados entre sí, que parecen desgarrados girones de una ciudad antigua. Para fundar esta descabrida colocacion, relatan los ancianos un cuento, que adornado á mi modo y con sobrosa moraleja darie quiero por hoy, lector carísimo, sea el mal para quien lo busque y el entretenimiento para ti.

Sabrás, y así Dios te dé felicidad sobrada, que allá en tiempo de moros habia en las colaciones que ahora ocupa Peligros las alvarias mas ricas y mejor cultivadas del ruedo de Granada: las mejores frutas de las truidas por los indios salian de sus végas, y sus flores eran buscadas para los jardines de los Reyes. En estas caserías, que por pasar de cuarenta y estar gratiosamente agrupadas formaban ya una pequeña aldea, habitaban familias de una tribu venida del Asia, cuyas mugeres fueron siempre admiracion de naturales y estrangeros por su hermosura y discrecion, al par que los hombres ostentaban vigor sobrenatural y raro logeado.

Los peregrinos que por acaso cruzaban cercanos ó promediando esta colonia, encantados con la belleza de sus campiñas y de los naturales, se detenían una semana y otra, se enamoraban locamente de alguna garbida labradora, y scababan por avecindarse entre tan seductora compañía y en tan deliciosos alcores.

Creció con esto el poblado, creció tambien la fama del naciente lugarillo, y por ser agradablemente peligroso para la libertad de los vlandantes se le dió el nombre de *Peligros*: llamábase antes *Mira Flores ó Espejo de jardines*.

Cincuenta años pasaron, y visos llevaba de ser una populosa ciudad la que poco antes parecia modesta aldea. Mas no se crea que con el cruzamiento de las razas, ni con el aluvion de forasteros que esaron en el pueblo se amansara una pizca la perfecta donosura de las mugeres, ni la osadía y vigor de los mocebós: aquel sol, aquellas azules embalsamadas y aquellas fuertes y fuentes tenían la virtud de hermosear el rostro humano y de inspirar, cual la fuente castalia, sagrada inspiracion y valeroso aliento.

Con el crecer de las gentes vino mayor riqueza y mayor adelantamiento: las doncellas que en otros tiempos robaban corazones por su natural y sencilla hermosura, arrobaban despues por su destreza en las sueltas y picarescas danzas orientales, por su agudeza en el decir, su ingenio para improvisar trovas, su gracia en el cantar y tañer dulcisísimos instrumentos y en el componer sus trages y cabellos. Los mozos se habían tornado arenajados en las ofencias, bizarrosos y diestros en la guerra, maquinadores de grandes empresas en la paz. De todas partes acudían á las ferias y fiestas de Peligros mugeres y gente de valía al entrar la estación, en las ferias y fiestas se veían en las lieras y plazas, cañas, luchas y bailes, certámenes de ingenio donde las forasteras sufrían vencimientos, saliendo á veces avasalladas por los galantes habitantes del encantado pueblo. Hasta de las playas africanas llegaban señoras que volvían haciéndose lenguas para encomiar tan celebrado Eden.

Con tantas alabanzas y tanta valía cierta vino el orgullo y se apoderó del ánimo de los habitantes de Peligros. Muchos de los peligrosos habían ocupado puestos preferidos en el consejo y la milicia, y no pocas doncellas habían trocado su casa de vendimadoras por la corona de flores de la favorita; con esto las mugeres todas aspiraban á mayor engrandecimiento, y los mocebós uoidos por el título del paisanage conspiraban por avasallar al reino entero. Era mal genio el mocebo, digámosle así, y como su vida anduvo en aprieto, teniendo que refugiarse en un muy húmedo sótano, juró en aquella oscuridad acabar no solo con los habitantes del peligroso Peligros, sino talar sus huertos, arrasar sus caserías, y sembrar de sal el area toda de tan inquieta poblacion.

Como gracias á los esfuerzos de su guardia de etiopes y maneceros, logró recuperar el mando, no olvidó á fuer de buen monarca sus proyectos de venganza, y despues de hacer justicia en el profeta y demas conjurados y conjuradas degollándolos con su real alfanje trató de realizar lo meditado en el sótano, enviando para ello un cuerpo de Lámbontis todos zahareños, salvajes y crueles.

Llamó pues, el gefe de estos tigros tiricanos, que era un soldado giganteo, con el ófís de color de estezado, la barba arremolinada y los ojos sanguineos, y le dijo el emir:

—Si no quitéis que tu cuerpo sea mañana devorado por mis hambuesos, sal con tu raza fuera pronto, y antes que otra alborada venga destuyame como un faro en cuanto en Peligros bailes: hala sus paños, quemae sus huertos, y el agua de los rios que fecundan sus campos

sierva para barrer las cenizas y lavar la sangre de las perversas y rebelde gente: Si un niño, un anciano, una casa, árbol ó planta quedan allí en vida, tu cabeza caerá á los pies de mis caballos y los soldados serán ahorcados del mas alto de los álamos que sombrean la ribera del Genil.

Inclinóse el capitán, y al tiempo mismo sus ojos brillaron iluminados por un rayo de alegría feroz: ya se figuraba el bárbaro estar en medio del incendio y con la sangre hasta los codos.

Apénas habia tenido tiempo el rey para asomarse á uno de los miradores de la torre de Cornarech, y un numeroo escuadrón de ginetes se dirigía á todo escape por medio de la rauda ó panteón que ahora se llama plaza del trionfo.

—¡Ah bravos servidores! dijo á media voz, ¿cómo os he de hacer los primeros entre mis vasallos!

Eran las dos de la tarde y el sol caía á plomo sobre sus agostados campos: un viento solano, ardiente como el alcohol, recorría formando torbellinos de polvo salitroso las llanuras y los montes. Los lantunis habitados al clima de los desiertos seguían corriendo á rienda suelta con el desorden salvaje y pintoresco de los kabilas. Ya casi toraban el término de su viaje y comenzaban á requerir las armas; ya el fiero capitán de aquella horda habia descolgado una porra de hierro guarnecida con puntas de pedernal, que era su arma favorita, cuando al bajar á un barranco vieron que el horizonte se cambiaba y que el camino de áspero se tornaba en mullido lecho de arena fina y colorada. Copulias acérrimas sombreaban el sendero, y los setos que la guarnecían eran de rosales que entre clavos, mejorana y ahuelles descoltaban. Un venticello fresco como las auras de la mañana circulaba por la cañada, y lleno venia de aromas penetrantes y embriagadores. Los caballos empezaron á relinchar y á detenerse en la carrera para saborear tan grata temperatura; los ginetes dejaron las lanzas de hierro pendientes del arzon, se aflojaron un tanto los sucos de lana que cubrían sus carnes y abrieron los labios para aspirar el suave y delicioso ambiente, refrescando de paso las cabalgaduras. Mientras mas se adelantaban el encanto crecia mayormente: las flores de lis, las dafias, los adornos y las azucenas sobresalían entre los prados de albahaca; y con las sedas se entremezaban granados floridos, manzanos aromáticos, arqueados cipreses y altísimos y gallardos serros: á cada paso se encontraban cascadas, corrientes puras y manantiales, cristallinos remansos. Los lantunis iban ya al paso sin darse cuenta de lo que hacían, y sus conuados semblantes retrataban una satisfacción brutal si se quiere, pero expresiva y grata.

De repente por entre el ramaje comenzó á difundirse una armonía deliciosa: los gueneros se miraron unos á otros creyéndose trasladados al paraíso. La música se acercaba y cada vez mas agradable, mas viva, mas rica en melodías hechizosas. Sintiéronse pasos y rumor de vestiduras entre los ramos: pronto como el rayo los lantunis captivaron las lanzas.

Una tropa de hermosísimas doncellas, vestidas de blanco, tejidos los cabellos con sartas de coral les salió al encuentro pulsando guitarras de pínabele, ébano y plata, panderetas duradas con orlas de flores, repicando castañuelas de marfil y grandillo, y cantando al compás y en coro la canción mas voluptuosa y provocativa de cuantas inventar pudiera el demonio de la tentación.

La realza las fieras domesticas y la hermosura es un talisman que conjura la mas recia tormenta; los zahareños africanos tenían su alma en su armario, y al ver á aquellas sirenas perdieron los estribos, y el capitán, en respuesta á las pungentes alusiones, dió el primero con su cuerpo en tierra, abrazó sin recato á la mas picaruela y gallarda de las cantadoras, y entonces, formando corro, con el jefe en el centro, trabóse la mas animada danza de cuantas vieron los campos: bailaron á su vez los soldados animados con el ejemplo de su capitán, eligiendo para éllo una vastísima gloria que parecía labrada para el caso; y hasta un cronista malicioso reñere que después del baile ó vueltas de sahosras óuelas con miel, de pastelillos del Cairo, de allajir y ajotes con refrigerio de frutas esquisitas, repartieron las murbachas á los lantunis una bebida aromática de color de rubí, que así era riquísimo vino como el sol es claro.

Veinte y cuatro horas despues los temibles africanos terror de Granada, los buenos servidores del rey estaban ocupados con fervor en trillar con sus magníficos caballos de batalla, en acarrear jérpilas de paja ó en tirar á la barra con sus lanzas en las fieras de Peligros: el capitán no habia despertado de cierto sueño pesado que le sobrevino con el licorelló añejo.

Ya te puedes figurar, amigo lector, cuál seria la cólera del emir al saber que en sus reales horas habian sido desobedecidas sus órdenes. Ebro de furor devoró hasta una docena de pollos con tomates, dió una horrible patada á su perra favorita, mandó aplear al máscro de corina y azotar á todos los pinches, ahofetó al mas grave de las mulles, mandó empalar á un sáscro que se atrevió á penetrar en

la real estancia demandando justicia contra un acreedor, y toroiéndole los brazos, pellizcó, para fin de fiesta, á la mas hermosa de sus esclavas.

Calinóse con este último desahogo, y dando á su cólera dirección fija, pidió con voz de trueno sus armas y caballo, atavióse de guerra, y con la velocidad del viento se plantó en la plaza de armas ó de los Algibes. Tocó una corneta de oro que pendía de su cinturón; y al punto le rodearon ochocientos negros, el que menos de seis pies, vestidos de grana, con armas embutidas de plata, y montados en polros de las lomas de Ubeda, apelados todos y tigres. Era la famosa guardia de Eliopes que habia salvado al emir en aquella noche cruda en que durmió su exelsitud altísima con las ratas y las cucarachas del sótano; ¿quién pues, mejor para acabar con el pueblo maldito! Otra consideracion providentísima movió tambien al rey para ayudarse de los etiopes en la peligrosa empresa que intentaba: estos buenos esclavos, á pesar de su exterior robusto y varonil, eran todos emuecos y entendían mal la lengua del pais: ni la hermosura ni la discrecion podían ablandarlos.

—¡A Peligros! dijo el rey satisfecho al ver la brillante de su guardia, y partió á galope con riesgo de despeñarse por la cuesta que daba derecha á la puerta de Leuxar.

Á pesar de la confianza que en sí mismo tenia el señor de las tierras granadinas, no se atrevió á tomar el sendero que causó la perdición de los lantunis, y dando un largo rodeo comenzó á subir por Albólote hácia el pueblo encantado.

La noche se venia entrando por las puertas del horizonte, y una neblina caliente oscurecia los últimos términos.

El emir ordenó que sus ginetes marchasen al trote, y que avanzasen veinte á fuer de guerrilla ó descubierto.

Pronto regresaron los exploradores, trayendo en prisiones y con bárbaro tratamiento á una espigadera de quince años, bella como un ramo de flores escogidas. Toda hermosa llegó á los pies del Emir, que como buen conocedor apreció en lo que valia la hermosura de la campesina, y mandó al punto que la dejasen libre para interrogarla sin duda.

—El grande entre los fuertes, el misericordioso sobre todos, promete, señor, tanta bondad; al veros tan gallardo reconoció á mi salvador, que quien es galán en la persona no puede abrigar entrñas de tigre.—Esto dijo llorando la espigadera.

Alegróronse los ojos al emir con el requiebro (las mugeres fueron siempre su escollo y perdición), y dulcificando su voz coronqueada con la ira, preguntó á la doncella rehénando el potro:

—¿De dónde vienes, hermosa niña, por estos campos perdida como una mariposa entre zarzales?

—Soy huérfana, señor, y me dan, por lástima, casa y hogar en una alcañal de este ruede: gano el negro pan de mi sustento rebuscando rastros por estas vegas, y hoy volvia llorando, con el delante vacío, cuando di en manos de vuestras tropas.

La voz acunijada y doliente de la niña ponó en el corazón del emir, y viendo éste que no podia seguir los apresurados pasos del caballo de guerra, le dijo sin parar mientes en su dignidad, magnetizado con el resplandor de las pupilas de la espigadera:

—Apóyate en mi estribo, niña donna, abrazate conmigo, y sube al delantero de mi arzon que de prisa vamos y no quiero dejarte abandonada: tu desgracia ha conmovido mi pecho, como el viento de otoño sacude las marchitas hojas de los álamos.

Ligera como una gacela, graciosa como una sílfide, saltó la ragazza sobre el delantero del bruto que hizo dos arosas corbetas, argulló con ten precisión carga. Las corbetas como imprevistas descompusieron al jinete, la espigadera, asustada toda, abrazó al emir para no caer, y el enamorado rey bendijo á su caballo y se olvidó de su reino y de su venganza al sentir tan cerca el turgente seno de la niña y los blancos y torneados brazos.

Afortunadamente para Peligros el terreno iba siendo cada vez mas escabroso, y muchos los barrancos eran en que el noble corcel del emir tenia que saltar con gran ímpetu. La espigadera á cada bote daba un grito que mas parecia amoroso suspiro y se abrazaba del Emir: hasta sostienen los maldicientes cronistas ya citados, que los labios se encontraron casualmente en mas de uno de los briosos de la cabalgadura.

Oyóse en esto un grito de guerra que asordó los campos y aterró á los valientes guerreros de la guardia real; una nube de azagayas pasó silvando por ante el pecho del emir, sobre su cabeza, y cayendo en las estrechas file de sus soldados dejó tendidos por tierra hasta una veintena. Súbita claridad luminó el horizonte; encendida la paja de los rastros en rededor de los etiopes, desordenáronse los caballos, comenzaron á chamuscarse los ginetes, y siguió la lluvia de hechazos y azagayas todo fué en un punto confusion, haldas, ayes, efusion de sangre y mortandad.

El fuego avanzaba como ejército de nuves rojas impelido por el

huracan, las llamas caían con sus remolinos los troncos de las olivas, asaltaban las copas y cada árbol era una gigantesca pira de atalaya. Con el clisporrotar de las rastrojeras y el crujir de los árboles, con el grito salvaje y la algarada de los lambrinos, pues no eran otros los de la enclada, y el resplandor de las llamas que en los atezados rostros de los etiopes se reflejaba, parecía el haza de la escaramuza un abrasado infierno.

El rey sobresaltado con el ataque y la enclada quiso poner en órden á sus esclavos, pero el caballo se espantaba con las hogueras crecientes, y la espigadera de modo estaba colgada al cuello del emir que este no podía sujetar al bruto ni hallaba medio de empuñar su alfanje. La zagala, además, no estaba á la emboscada, desprendió la corneta de uno del escudero del enamorado soberano y la arrojó boñitamente al suelo.

Cada vez rodaban mas soldados negros, sin poder tomar venganza los que lograban sobrevivir: cada vez marchaban mas amenazadoras las llamas, y la guardia real con su jefe estaba á punto de morir picada y asada luchando contra un enemigo fantástico que ni evitar le era dado. El rey sin corneta no podía mandar á su tropa.

Viéndose impotente decidió el emir tomar el prudentísimo recurso de la fuga. Dieho y hecho, ganando el cauce del río, chamuscándose las ricas vestiduras, pero abrazado con su traidora campesina, logró salvarse, entrando á deshora y por estusada puerta en su palacio del Alhambra.

Luego que se hubo bañado y perfumado la rizada barba, hizo cólera doble contra Peligros y los traidores lambrinos; mas creyó prudente tomar serias disposiciones antes de emprender nueva expedición, pues era probable un desastroso fin.

Subió, pues, al salon, ahora llamado de *las dos hermanas*, y para entregarse con mas delección y descanso á la meditación, mandó que subiesen á la espigadera para contemplarla ataviada con el rico traje que le había mandado poner.

Hermosa parecia con su traje de labriega, mas á las mil maravillas le sentaba el esuntuoso vestido de las favoritas. Sus cabellos negros como la noche lucían recogidos en una red de oro, entortujidos con perlas, abrochados con diamantes: su cuerpo, gallardo como el fallo de los claveles, parecia magistoso con la túnica pesa de lana blanquísima rayada de seda carmesí: sus piecillos, en fin, breves á manera de las humanas dichas, proyectaban enrostrados en botas de tafete marroquí bordado de oro y pedrería.

Desarregóse el ceño del emir, y una sonrisa inefable apareció en sus labios contritos: así con la alborada se tornan alegres los peñascos mas áridos.

Gracioso como un niño arróllóse voluptuosamente la espigadera, y dijo con una humildad que asustaba:

—Permitid, señor, que bese vuestras plantas, y que mis lágrimas sinceras de arrepentimiento rieguen vuestro camino, pues me habéis dado plaza entre las esclavas de vuestro palacio, á mi, pobre flor de los campos, que no merezco ni una benigna mirada de vuestros hermosos ojos de águila.

—Señora de mi alma era ya, donosa labradora, y hoy por bien recibido el mal de la jorjada; mas gana contigo que cuanto adquirir pudiera con la conquista del mundo.

Al pronunciar el rey estas palabras amorosas, contemplaba estasiado á su esclava y se abrazaba en el fuego de sus ardientes pupilas, brilladoras como el lucero de la tarde.

—Reposad, señor y dueño mio, que para distraer vuestra melancolía quiero danzar á uso de mi país, acompañándome con la sonora pandereta: si no logro agradaos, Alá permita que mis pies queden inmóviles como las rocas de una enclada, y tullidos mis brazos como si fuese una momia.

El emir optimó el labrado remate de un timbre, y al punto desaparecieron los esclavos que guardaban puertas y ventanas, cerráronse las maderas sin estrépito, comenzaron á saltar con agradable murmurio los surtidores del maridado y aclarado pavimento, las tornejadas estolas se entresabieron, dando paso á los melancólicos rayos de la luna, aparecieron en los ángulos de la estancia cuétras luces guardadas por vasos de China y de agate, y los pebeteros asomados entre las flores exhalaban suavísima nube de aromas delicados.

Una esclava negra, privada de la vista, pero diestra en tañer el laúd, entró y sentóse en una piel de leon que habia al pié del lecho real.—El emir se arrellenó entre dos almohadones de seda.

Comenzó á preludiar la negra en el laúd, cogió un chal riquísimo la donosa campesina de Peligros, dejó caer el manto (mostrando así escondidas bellezas), y el compás de las inspiradas armonías del arpa empezó á tejer con sus piecillos menudos un baile proveyetivo y aseñorado que compararse pudiera con la *tana* del pasado siglo ó con el picante *ata* de nuestros días. Ligera como una paloma, fácil y gallarda en los movimientos, marcaba los trazos cual

las alas de tórtola enmascarada, inclinaba la cabeza, sacudía la cintura, iba, venía con el entusiasmo de la doncella amorosa que corre á abrazar á su amante, se alejaba desdénosa, brincaba ágil, se enlazaba y desenlazaba con el chal, formaba círculos rapidísimos, como si tuviese en el centro una pareja fantástica, y en tanta vuelta y revuelta mostraba y dejaba adivinar las mas bellas formas que concebir pudiera el renombrado Praxiteles.

Al emir se le ballaban los ojos, que nunca tan ardiente fuego sintió correr por sus venas: pero mayor fué su admiración al ver á la espigadera que ciñéndose al tallo el chal de Persia, recogía la pandereta, y acompasado con ella el baile, tomaba magnífica animación, mas viveza, verdadera locura: no era mojer, sino una hada, una nube blanca, la luz del alba: bañaba la luna su frente, y las flores como que se inclinaban para admirarla. El pobre emir grandísimo estaba embobado, á la manera que un niño hambriento cuando contempla ancha cesta de sabrosas frutas...

Pues señor, íbamos diciendo que la espigadera, leve como las macaradas brumas de los altísimos saltadores, hacia girar la brillante y sonora pandereta entre sus manos al compás de la danza, ya coronábase, ya hiriendo el timpano de cuero con sus dedos de marfil, arrojando al aire el pastoril instrumento, recibíendole con las puntas de sus bordadas botas, en el extremo uñado de su dedo índice, en el *culo*, en la purísima y serena frente: siempre en movimiento, siempre graciosa la danzarina.

Al fin, viendo la exaltación del emir, arrojó la pandereta, y sin saberse el cómo, empezó á regañar improvisando, variado el paso y las posturas, unas nastuñuelas cuyo chasquido alegre, penetrante, clarísima y extraño tenia algo de infernal.—Un sáhn musulmán que habia pasado su vida estudiando la magia en una cueva de los *Montes de la luna*, habíaselas regalado á la doncella á cambio de una sola mirada cariñosa que hizo morir de amor al buen anciano, sin que le valiese su profundo esotericismo filosófico.

El eco de las castañuelas comoiva todos los nervios, los irritaba como el cerdear de las planchas metálicas ó el estampido de las bombardas y de los truenos chinescos, despues producía una suavísima melicite que paraba en sueños voluptuosos á la manera de los producidos por el opio y el *haiché*.

Nuestro enamorado y colérico reyuelo saltó sobre los blandos almohadones carmeses al oír aquel inesperado y mágico repiqueteo, sus encendidos ojos se dilataron, se le apretó el corazón como le acocia en las dulces horas de sus primeros amores, y extendió los brazos hácia la gallarda bailarina, que semejante á un pájaro marino se balanceaba radiante de juventud, de hermosura y brillantes sus ojos con el fuego del entusiasmo y del deseo.

Disminuyó el chasquido de los cotabos, y el rey sintió placentero decaimiento, entre sopor y reclinose en los cojines. Un rayo de alegría asomó á las pupilas de la espigadera, y mas cuando observar pudo que la negra languideta y pulsaba con negligencia el laúd.

Lentamente fué la jóven contentiendo sus giros y paseos, poco á poco fué apagando el eco hechizado de sus castañuelas: lo que antes parecia redoble de tambor pastoril convirtióse en murmullo de música en lontananza; luego era suave ruido de las auras entre las maderas.

Grave pesadumbre circundó la frente del emir y apretó sus párpados que se cerraron insensiblemente: cielos azulados con bandos de oro y estrellas de plata, aparecieron en el horizonte de su imaginación: cayeron sus manos una sobre el ceñidor bordado, otra por el costado del lecho; su cuerpo quedó inmóvil, y comenzó á respirar con amplitud é igualdad: estaba dormido como un tronco gracias á las castañuelas hechizadas. La negra del arpa se habia hecho tambien un ovillo; y en la puerta entreabierta del salon, roncaba firmemente un nublo como un roble.

La espigadera de Peligros al ver conseguido su diabólico objeto, con osadía punible y sacrilega, se acercó al lecho del emir Almuñáman y sacando unas tijeras de oro; repelió á su sabor las reales barbas del monarca grandísimo (hondo sedá; le desató el turbante, labóle con entrambas puntas unas orejas de burro; que sujetó con destreza suya sobre las sienes otras veces coronadas. Despues agerró el riquísimo laúd de la riega y lo arrojó á la fuente que en el centro saltaba, desordenó los cojines y las almohadas; arrancó las flores, apagó las luces, flammó aceite en los pebeteros, todo con la viveza de una chiquilla traviesa, y asomándose al ajimez, dió un agudísimo grito imitando el canto de la shubilla. Contestóle en el bosque otra ave de la misma especie; pero con voz mas entera, como de pájaro macho, y la bailarina aló el chal de Persia á la columna del doble arco y se destrozó al bosque donde fué recibida por los robustos brazos del capitán fiero y zahareño de los lambrinos. El guerrero de la porra de hierro condujo á la campesina por estrávidos senderos, hasta que saltando por un portillo cercano á la guerra de Guadix le colocó en el delantero de su caballo árabe, partió á escápé con dirección á Peligros y con la ayuda de Dios llegaron felizmente.

Pasadas algunas horas, cuando se venía entrando el alba por las puertas del Oriente, desportó el ray de su dulcísimo letargo y abriendo con torpeza los molecosmos ojos, se halló en la mas profunda oscuridad; con no poco sobresalto de su ánimo. Otra vez se creyó en el pantanoso sótano de marras. Alzóse del lecho, después de recorrer con sus convulsas manos el lugar donde se hallaba acostado, empujó á andar con entorpecidos pasos, y tuvo tan negra fortuna que tropezando con la esclava del arpa, dormida aun, pegó la mas soberana de las caídas, cogiendo no una llebre como decir suelen los cazadores, sino dos famosos chichones en la frente y algunas magulladuras en manos y narices.

Gritó viéndose en tan duro trance, con la cólera de un elefante derribado, y á sus voces acudieron gente de armas, criados y señores todos ignorantes de las tinieblas del aposento real, dieron de brues al llagar á la puerta interceptada con el cuerpo del etíope. Al fin los creyentes y el emir lograron ponerse de pie; vinieron luces y con terror contemplaron los cortesanos el desorden de la estancia y con mal reprimida burla las orejas de burro del monarca y sus respetadas barbas. El emir se lanzó al ajimez de donde pendía aun el chal riquísimo de Persia, conoció que el pájaro había volado, y con esto su furor y sus extremos crecieron.

Saliose de la cuadra magnífica y mandó soltar las fieras de su real palacio para que devorasen á todo mortal, quiso incendiar con su propia mano la torre de los Príncipes donde habitaban sus mugeres, represar las aguas del Berro y con ellas inundar la ciudad: mas por fortuna un furioso leon fibto, se acercó con demasiada confianza al emir y se dieron contrariedades ejecutivas que calmaron la conturbación que en todos los semblantes se leía.

Después quiso el diablo que ballase á mano una luna de bruñido acero y que echase de ver su rapadura trasquilada y sus orejas de asno el asendereado señor de las Tierras granadinas. Lo que entonces tramó de crueldades y de horribles desahogos, no es para contado de pasado, y bien merecía historia aparte, si con ella no temiera ahogar á mis lectores demasiado benévolo.

Pues, siguiendo nuestro relato, como todo en la tierra calma y atempera, al menos en lo exterior, el buen emir consolose tambien, gracias especialmente á la mediación de un negro, famosísimo cocinero que desvelose en aquellos dias por ofrecer sabrosos platos al irritado señor.

—No alcanzo, decía reflexionando en calma, cómo haya hombres y mugeres tan sagaces que engañar puedan á mi real perspicacia; magos y encantadores egipcios habitan ese lugar de Peligrós, y con artes del diablo, que no con fuerzas humanas es preciso labrar su completa destrucción y borrar mis afrentas.

Con esta idea fija, mandó llamar á todos los magos naturales y extranjeros y les consultó el caso. Ninguno respondió satisfactoriamente, y el soberano sin respeto á derechos naturales ni de gentes,

dió con todos ellos en la plaza de Rib-Bambá, y les mandó aplicar quinientos azotes de buena mano, á telon corrido, y á presencia de la espantada muchedumbre.

La venganza trabaja mucho el corazón de los Reyes, porque acostumbrados á no sufrir contrariedad, si algo se les antepone, luchan de continuo por destruirlo con rullado escoco. Así el emir granadino no podía dormir tranquilo pensando en los medios de acabar con los pelagresos que seguían divirtiéndose sin dárseles un ardite de la cólera real.

Una noche de octubre, martes era por cierto, observando que no le habían crecido las tonsuradas barbas, exclamó desesperado:

—Al diablo diera cuanto pidiese si me ayudase á vengarme, y por las cenizas de mi padre lo juro.

Aun no había acabado de pronunciar el apóstrofe, cuando apareció ante su vista un guerrero de hermosa presencia, rodeado de un vapor color de escarlata.

—Aquí me tienes, dijo el recién venido con voz entera y varonil, soy el diablo; no te espantes, que aunque gozo de mala fama lo hago bien con mis amigos y no me como los niños eruditos. Serenite y hablemos en razon.

Tan poltica arenga produjo buen efecto en el monarca; pero no podía desplegar los labios. El diablo prosiguió sin parar mientes en tan desortés turbación.

—Lo que pides vale gran recompensa y exige un razonable estipendio para reparar solo mis daños y perjuicios. Peligros es lugar consagrado al placer, y recojo entre sus habitantes crecida cosecha; pero si tu generosidad iguala á tus deseos de venganza harémos trato.

—Qué deseos, balbuceó el monarca.

—Poca cosa; arradicaré de patilla el pueblo con todas sus alcarras y haré polvo entre los torbellinos del huracán todo lo que ahora crece, vive y se asienta sobre el arena de aquellos alcotes....

—Ah! te concedo de antemano cuanto pidas.... esfesoó el emir ébrio de gozo y saboreando en sus mientes la venganza horrible.

—Quiero tu alma y tu cuerpo, exclamó prontamente el diablo, y un barrio de Granada en via de indemnización.

—¡Imposible!

—Lo has jurado por las cenizas de tus padres.

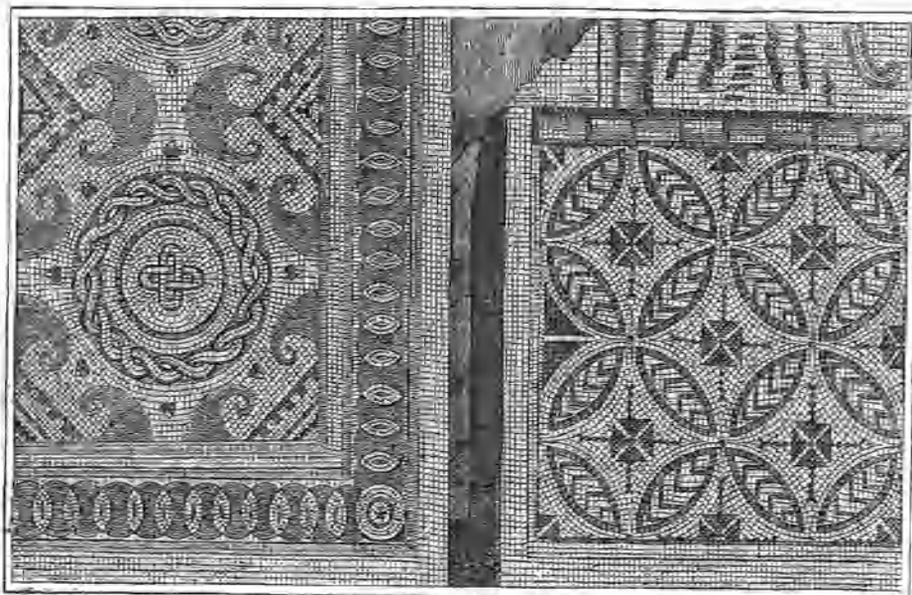
Desapareció el guerrero de la brillante armadura, como un grano de arena si al mar se arroja, y el emir quedó ensimesmado recordando su imprudencia; mas al verse tratado en la clara superficie de la fuente, al considerar sus barbas trasquiladas dijo para sus adentros algo consolado:

—Al menos acabare con esa raza maldita.

¿Qué hizo el diablo? Segunda parte requiere el caso.

(Concluirá.)

José GIMENEZ SERRANO.



ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.

MOSAICO ROMANO DE LUGO.

La arqueología encuentra en la Península diversas ciudades monumentales que populeaban entre nosotros la civilización de sus do-

minadores. Los escombros de los anfiteatros y de los arcos triunfales recuerdan la omnipotencia de los Césares; las ruinas de aquellas basílicas alumbradas débilmente por la escasa luz de las ojivas, y de los desmoronados rastros cubiertos de vedra como la granada cabeza de un gigante derribado, traen á la memoria la antigua nacionalidad española de la edad media, y los restos de las arabescas mez-

quitas que la religión cristiana ha bautizado con el nombre de catedrales; y de los voluptuosos baños donde la luz de los cristales aligerados era un nuevo deleite hábilmente combinado, espician la molición oriental de un pueblo que había castigado la aterosía en las márgenes del Guadalquivir.

De los romanos solo nos han quedado escombros, sobre los cuales han pasado los nórdicos de Alarico y las tribus del Africa: lo necesario para hacer desaparecer un pueblo. Los monumentos de los godos y de los árabes los adaptó el cristianismo porque encontraba en sus formas la analogía de las artes, pero la cosmogonía romana era severa y árida, y mal se avenían las condiciones del politeísmo con la revelación espiritual y poética de la arquitectura que los cruzados aportan á la Europa cristiana.

Hé aquí la razón por qué derribados los monumentos romanos merecen el estudio y la consideración de los arqueólogos los pueblos que han guardado entre el polvo de sus construcciones sucesivas los restos de sus primitivos dominadores. La ciudad de Lugo pertenece al número de las poblaciones que no han podido borrar su carácter romano á pesar de sus numerosas reconstrucciones. Sus murallas son romanas; el magnífico puente sobre el río Miño, cortado durante la guerra de la Independencia, es romano; en las tapias de las huertas no se encuentra el nombre de una calle ó la lápida de un aniversario, sino la inscripción del sepulcro de un pretor ó las iniciales votivas á Diana ó Jove.

Entre los monumentos que revelan su antigüedad merece particular mención el mosaico romano descubierto en 1842 en la calle de Batilales. El fragmento principal de esta obra se compone de 67 pies y 9 pulgadas de longitud, y 3 pies de latitud, sin tener en cuenta la extensión de uno de los costados que se extiende á 41 pies y 8 pulgadas. Compuesto de piezas cúbicas ó iguales entre sí, que sirven para la distribución gradual de los colores verde, gris, encarnado, rosa, aguiarado y amarillo sucio, sobre un fondo de blanco amarillento que revela la condición coliza de los materiales empleados en esta fábrica, presenta la conservación venerable que las demoliciones conceden con frecuencia á los vestigios de una remota grandez.

Para apreciar en su verdadero valor el delicado trabajo del mosaico de Lugo, se debe hacer particular mención de los detalles de que se compone (1). Aparte de un arco ciego saliendo de una ojo de acanto y un agujero saliendo sobre otro ojo de igual naturaleza destruidos por la piqueta de los albañiles al remover los escombros, se distinguen en los grandes tableros del mosaico dos arcos cortados por diversos moldillos. La graduación de los colores tiene la combinación artística de la perspectiva. La faja principal que forma un ángulo de 45 grados con el eje de la calle y en la próxima dirección de N. á S., ocupando la parte central del templo por la extensión de sus líneas y la significación de sus atributos, es el fragmento más importante del mosaico de la calle de Batilales. En medio de sus diversos compartimientos se reconoce una cabeza colosal de 5 pies de altura con larga y al parecer mojada cabellera, barba pródigo, la frente hinchadamente caracterizada con dos arcos encarnados y dominados por dos trompas terminadas en medias lunas imperfectas que arrancan de las sienes, y cerca de cuyas trompas se reconocen dos orejas como de caballo, de un color encarnado que gana en armonía para el conjunto lo que pierde en naturalidad. Dos barbos caracterizados con la mayor exactitud salen de debajo de su barba cruzando de derecha á izquierda. En las proporciones de esta cabeza se reconoce la magestad sobrehumana, tal cual la comprendía la cosmogonía antigua. En sus líneas no se ocha de ver la suavidad de las personificaciones del cristianismo: es una divinidad pagana. El desorden de algunas hileras de mosaico colocadas sin orden ni armonía cerca de los delnos que por su carácter é importancia aparecen cerca de la divinidad aplican el flujo y reflujo de la mar donde se sostienen barcos, conchas y brizos marítimos. La cara colosal debe representar á una divinidad marítima. Cuando el viajero se hace romano, es decir, cuando pisa este mosaico con la respetuosa veneración que lo contemporánea concede á lo remoto, parece esta cabeza un trabajo ingrietado y adulterado por una desigual combinación de piezas, pero al tomarse transeunte el forastero, esto es, cuando hace gravitar sus pies sobre la nueva calle de Batilales, desaparecen las grietas, el surco de los colores sin medias tintas y la holgada combinación de las piezas; entonces parece una escogida miniatura.

Uno de los fragmentos del mosaico que merece una particular mención por la regularidad de sus fletes y moldillos compartidos con simetría, es el que posee el apreciable farmacéutico Sr. Rodríguez, cuyo reconocimiento facilitó al mismo á los viajeros con la maxilenta y benévola condescendencia. Nuestros lectores podrán reconocer el minucioso trabajo del conjunto calculando que la copia de

esta parte del monumento que para la mayor apreciación del presente artículo he dibujado el jóven laborioso don Ramon Armeto, está delineada según la proporción de una parte por cada diez y seis del original.

La extensión con que hemos procurado describir los detalles más importantes del mosaico no nos permite presentar las diversas memorias arqueológicas é históricas que algunas personas inteligentes han formado sobre la significación de los accesorios del pavimento y la advocación del edificio que debieron enlucir en los buenos tiempos de Augusto. El Sr. D. Francisco Armeto, de la comisión de la Sociedad Económica de Lugo en 1842, se inclina á creer como verosímil que debió pertenecer á un templo dedicado á Diana; pero la colosal cabeza del Océano complica esta apreciación arqueológica. El Sr. Castel y Martínez, en una memoria manuscrita que hemos tenido á la vista, presenta la opinión de que la cabeza simboliza la transformación de Acteon ó tal vez el río Miño, asegurando que los accesorios del mosaico como son las medias lunas que nuestros lectores pueden observar en el primer comportamiento de la copia publicada al frente de este artículo, y los barbos, pez dedicado á esta diosa según el testimonio de Ateno y Platon, declaran por otra parte que el templo estuvo dedicado á la potentora Diana.

Nosotros creemos que la colosal cabeza representa el Océano, porque si bien es cierto que muchas veces las divinidades marítimas eran representadas caminando ó sentadas sobre las aguas por los restos de la estatuaria y pintura romanas que se presentan en *L'antiquité expliquée* y en *Le pittore antico d'Ereolano*, echamos de ver muchos de los accesorios que encierra esta delicada obra de mosaico. *Lucus Augusti* era la primera ciudad de Galicia durante el imperio romano, de aquel agueruido y rebelde territorio que hizo beber las aguas del Leteo á los soldados de Bruto y tener abiertos por mucho tiempo á Augusto las puertas del templo de Jano. Los romanos consideraban á Galicia como una provincia favorecida por el Océano, y consecuentes entre sí la religión y la política era digno de la primera ciudad de su territorio un templo dedicado al Océano.

No teminaremos esta rápida reseña histórica y arqueológica sin consignar los diversos proyectos anunciados para la más duradera conservación de este mosaico. En 1842 una comisión de la Sociedad Económica de Lugo intentó levantarlo para evitar que el enlosado de la calle lo destruyese; pero se desistió de este pensamiento por lo arriesgado y costoso. La comisión presentó tambien un presupuesto de las obras necesarias para el fácil reconocimiento del mosaico, las cuales consistían en una rotunda de 24 varas de largo sostenidas por 20 columnas de hierro con las basillones de vidrieras de 6 pies de alto, y sostenidas las aceras por un cornisan apoyado en el fondo de la calle; pero este pensamiento cuya realización costaba 15.248 rs., no se ha llevado á cabo hasta lo presente. Por el ministerio de la Gobernación se dirigió entonces una real orden al Jefe político de Lugo, Sr. Gattel, en la cual se aplicaba la determinación de adquirir los terrenos que apareciesen cubiertos de mosaico.

Desgraciadamente este maravilloso fragmento de las artes romanas permanece en la actualidad sujeto á las eventualidades de una escasa duración, porque recibiendo las aguas de la calle, á la cual no se ha podido dar un desagüe regular que sería interrumpido por el mismo mosaico, sufre una frecuente infiltración que hará degenerar sus animadas colores, ó desmenu sus numerosas piezas. El presente se ve obligado á preguntar si la arqueta que se encuentra en uno de los extremos de la calle de Batilales sirve para la entrada de un aljibe, ó para la galería de un mosaico romano.

Lugo—enero—3—1880. ASTORIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Reservoir, y sentido por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apoyó el caballo que estaba enseñado á seguirle: rodeó las riendas el cuello, y apoyado en la silla, comenzó á sondar el terreno por todos lados para descubrir por donde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez á un árbol caído que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas cuando el agua era poca y el fondo firme; llegó á un parage donde un peñon altísimo, lizo, sin grietas, cedió por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se extendía delante de él, le servía de foso. Para acercarse á aquella pared, construída por la naturaleza; no había mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, á manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso,

(1) La mejor parte de este dibujo están tomados de una memoria que el autor le comunicó sobre este punto en 1842 á estas señoras.

Por una de aquellas caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desee una cosa, hincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco: antes aquella inconsiderada resolución le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar hundíendose lentamente en el suelo. Quiso Recesvinto volver á saltar hácia la orilla haciendo como antes hinespió en la lanza; pero la lanza se le hundió también y hábola de soltar para no caerle tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñon inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas sin que se viera de qué mano venía echada. Así del torcido cáñamo el apurado jóven tan alegre como atónito, subió ligero por las firmes travesías, y al llegar á la cima de la Peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Tras el borde del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro á semejanza de pretil ó parapeto, de donde pendía la escalera enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarado bajo la cândida figura de una muchacha de nueve ó diez años, la cual echada de pechos sobre el pretil, tendió cariñosamente los tiernos brazos á Recesvinto. Maquínicamente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para traspasar el borde de la Peña: la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente, le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía con acento de inefable dulzura:

—Bien pensaba que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

—Díme por Dios quién eres, celestial criatura, pronúnciame enérgico Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

Soy Floriana, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

—¿Son esas las únicas personas que conoces?

—Conocen además al sacerdote Agivario; pero yo jamás he salido de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios tragara para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, y no sé á donde, me dije á mí misma: si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenerla preparada, inspiración fué seguramente del cielo: apenas la arrojé por encima del peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

—Tú sí que estabas destinada por él para salvarme la vida, repuso Recesvinto estrechándola en sus brazos, como se abrazaba á un niño.

—Ven á que te vea mi padre, ven pronto.

Así lo ella de una mano y él la siguió.

Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perdía en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por parte en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrían mieses, por otro viñedos, y árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena; una ligera columna de humo que se elevaba por los aires indicaba una habitación: indicábanse también numerosas bandadas de palomas que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atención de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu, era su encantadora guía. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban á su conversación un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realizaba con la expresión celeste de la fisonomía: el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios; parecía ageno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delineadas, y cuyo suave contorno era un ovalo lindísimo, restablecían la blanda armonía del todo: la hija del valle tal como brillaba á los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera próxima á ser una gran belleza.

Salió de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle, pero oyó con benignidad la relación de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresión este es el compañero que Dios me envía, y sonrías apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven gozo y le abrió en seguida los brazos, llamándola hijo.

En aquel valle mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los mas apacibles de su vida.

Fulgencio, español de origen, atropellado en su juventud por un general orgulloso, se habia retirado á aquel valle inculto, cuyo terreno le pertenecía. En él habia pasado largos años solo con un esclavo: una casualidad le hizo conocer mucho después á la virtuosa y bella Pomponia, con quien se unió al pie de los altares y vivió feliz algunos años; fruto de su casto seno fué la inocente Floriana. Al cumplir la hija el primer lustro, falleció la madre.

Conoció Recesvinto durante su permanencia en el valle lo que jamás antes hubiera creído posible, que un individuo de la clase villana ó plebeya, un español, ó como se decía entonces un romano, poseyese las luces y el valor que la clase vencedora consideraba como patrimonio suyo. Fulgencio ocultando su estirpe, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. Conoció su cruz, le habia sido quitado con ignominia el cingulo de guerrero. Fulgencio leía y explicaba á César, á Virgilio y á San Isidoro; Floriana, enseñada por su padre, habia estudiado las *Geórgicas* y los *Várrones ilustrados*.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del honradísimo anciano no habia esclavos, sino hijas, amigos.

Al partir el gozo lloraron el español y la española. Tú eres sin duda, repetía Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

—¿Ángel mío, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, irresistible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuando volveré á verte, pero yo volveré. Espérame y no desconfíes aunque tarde.

Partió.—Tardó.—Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero.—Partió.

Quindavinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo.—Tardó.

Pero los cuidados de su gerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacío.—Volvió.

Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repetía cada vez con mas frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretexto. Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazón un afecto que ya era una pasión vehementemente: recordó la ley que le impedía recibir en su último á una romana, recordó las obligaciones de príncipe y quiso cumplirlas. El rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del Rey y entregó el anillo de los esposales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparación entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al príncipe á pensar en lo que si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó pues, transcurridos dos años, provocando gravemente la ira de la augusta desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraíso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esposales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad: el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya por altiveza ó por prudencia no habia querido pedir cuentas al Rey. El príncipe arrojó al valle, como ya dije, y se casó secretamente con Floriana sin revelar su gerarquía: para ella Recesvinto solo era un romano natural de Toledo: esto es lo que habia dicho á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su cabaña: el nombre con que se habia disfrazado era Eliodoro. Fulgencio no existía ya.

Todas estas cosas hubo de referir ó explicar Recesvinto á su padre, después de la entrevista con Froya, que tan penitencia fué para el príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad calma de un carácter enérgico.

Tú me encareces, le dijo al fin, las pruebas de esa romana y aun las de todas: yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un gofo.

—¿Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana,.... si tuvieras ocasión de conocer sus virtudes!....

—Si esas virtudes se sujetaran á una prueba....

—Hazla.

—Tú me desafías.

—Sí.

—Insensato, repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen lo que piensa, retírela á tu cuarto y no salgas de él ya hablando conmigo hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

(Continuará.)—JOSÉ ESCOBAR HARTENBÜSCH.



COSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

EL CIEGO.

Aquí en discordes acentos
el corazón nos desgarrá
un ciego con sus lamentos
y también con su guitarra.
Ciudadanos de zamarra
ó caballeros de frá
¿quién de vosotros será
tan mezquino ó tan borrego
que no dé limosna al ciego?

En verdad le causa grima
cuando corre el diapason:
una vez salta la prima,
otra vez falla el bordon.
Laones de su estado son
que toda humana persona
con alma y vida perdona
cada vez que oye este ruego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Por ver si su suerte mala
se aleja con la propina,
cuando no canta la Atala,
canta la triste Corina.
¿Cuál será el alma mezquina,
cuál el corazón de esparto
que no dé siquiera un cuarto
cuando oye gritar con fuego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Ved que el pobre se incomoda
sin hallar cura á sus males
desde que acabó la moda
de los hitanos nacionales.
No eran tiempos tan fatales
como los que andando van,
pues el mas pobre patan
oyendo el himno de Riego
largaba limosna al ciego.

Acabó aquel estribillo
y desde entonces, es llano,
es su boca un baturrillo
de sagrado y de profano.
El pobre se esfuerza en vano,
y si canta no es victoria;
mas si aprende de memoria
un pliego tras otro pliego
¿quién no dá limosna al ciego?

Cuando llega la cuaresma
con pésames y pesares,
el pobre saca una resma
de religiosos cantares.

Echa el bofe y los hijares
cantando coplas famosas
y hay personas tan piadosas
que escuchan y se van luego
sin dar un ochavo al ciego.

Viene despues Noche Buena
y se hace el pulmon añicos
cantando con voz serena
los sublimes villancicos.
Hombres, mujeres y chicos
amparar al pobre quieren,
y ¡ay de los que no lo hicieron!
porque no tendrán sosiego
si no dan limosna al ciego.

Por reyes á los mancebos
dá tentaciones y afanes
despachando «motes nuevos
para damas y galanes.»
Mas de cuatro perillanes
con papel tan puro y casto
dan á su amor rico pasto
y de su amor no reniego
si vale limosna al ciego.

Vende entre tiempo otras cosas
buenas y malas, creedme;
como romances y glosas
que están diciendo comedme.
Hazañas cuenta famosas
de Oliveros y Roldan
con otros que allá se van
y cuya hondad no niego
si valen limosna al ciego.

Vende tambien á porfia
cuando es cosa necesaria,
números de lotería
ó Gaceta extraordinaria.
No es de gente visionaria
mirar esto con desden
pues no produce otro bien,
como comprende el mas lego,
que dar la limosna al ciego.

A la caridad convida
en fin, su afán inocente,
pues tiende á ganar la vida
tranquila y honradamente.
Y por eso es evidente,
ya lo tengo decretado,
queda de hoy mas declarado
que es un solemne borrego
quien no dá limosna al ciego.

J. M. VILLER GAS.